

## De nuevo en el colegio

De nuevo en el Colegio de Villar Pando (Germán Fernández Ramos, le pusieron los burócratas sin consultarlo con nadie), me hice cargo sucesivamente de **tres grupos** de alumnos de segundo o tercer ciclo de primaria.

No me limité a cumplir con lo básico dando clases y apagando la luz tras de mí una vez cumplido el horario, sino que puse en marcha **diversos proyectos** que ideaba primero y luego me echaba a la espalda.

Casi todos los espacios del centro fueron **elocuentes testigos mudos** de una pedagogía y una vida profesional que no tuvieron lugar solamente en el recinto del aula.

Aunque tal vez la mejor manera de dar cuenta de cómo traté de enseñar en mis últimos años como maestro sea la de captar una instantánea de cada uno de los **momentos** que pueden señalarse como prototípicos de lo que era mi pedagogía.

Haré mención expresa a las relaciones que mantuve con **la Administración** educativa, en las que he de decir que hubo de todo. (pp. 411-412)

### Tres grupos

En este último periodo me hice sucesivamente cargo de tres grupos de alumnos. **El primero (2001-2003)**, que fue el del ilusionante reencuentro con la escuela, cursaba 3.º y 4.º de primaria; **el segundo (2003-2004)**, con el que solo estuve en 3.º ya que al año siguiente disfruté (nunca mejor dicho) de una licencia por estudios; y **el último (2005-2009)**, **que acabó conmigo** (también nunca mejor dicho, luego explicaré por qué), que es al que dedicaré más tiempo, tal como ocurrió realmente, porque estuve con él cuatro años, que es el periodo más largo en mi vida profesional en que unos alumnos fueron “míos”. Y yo suyo, se podría decir, hasta el punto de abandonar la docencia universitaria durante el último curso para poder dedicarme exclusivamente a ellos. Una decisión que constituyó la más elevada expresión de ese vínculo afectivo y moral que se establece en las aulas, al que ellos, por su parte, correspondieron con creces. (p. 412)

El primero (2001-2003)



Lo formaban Carla, Esteban, Pili, Eugenia, Virginia, Sara, María, José Luis, Pedro, Dani Cuesta, Paula, Cris, Alba, Arturo, Moisés, Jessica, Yoni, Vero, Borja y Dani Pérez, que falta en la foto porque no estaba el día que nos la hicimos. Podría escribir sobre cada uno de ellos, en algunos casos largo y tendido, [...] pero no lo haré porque sería muy largo y en absoluto adecuado si se ha de respetar, como creo que debe hacerse, la privacidad de su infancia, la cual pertenece por entero a sus vidas particulares. [...]

En cualquier caso, bajo el trato diario latía una firme voluntad de llevar a cabo un trabajo con la mayor competencia profesional. Poseía una partitura de ideas compuesta a lo largo de años, y ahora quería afinar los instrumentos con los que iba a ensayarla y retocarla en lo que fuera necesario. Me sentía seguro de mi capacidad para hacerlo y estaba altamente ilusionado con la nueva y última etapa que tenía ante mí... (pp. 412-413)

El segundo (2003-2004)



Lo formaban Carlota, Noelia, Juan Pablo, Cristina, César, Elena, Atenea, Alan, Marcos, Estela, Eva, Antonio, Elena, Cristian, Ángel y Carolina. Como he dicho, otra vez niños pequeños, aunque los trataba casi como si no lo fueran, que era la mejor manera de ayudarlos a crecer como personas y como escolares. Continué con ellos todas las iniciativas que había puesto en marcha con el grupo anterior. Sus familias respondieron muy bien, incluso los padres de los más exitosos escolarmente apoyaron la enseñanza no competitiva que les proponía. [...]

Estuve solamente un curso con ellos porque solicité una licencia por estudios y me la concedieron. Tenía que pararme a pensar sobre todo aquello; sobre los nuevos alumnos, y también sobre mí mismo como maestro, y preparar un plan de acción y de investigación para enseñar y aprender al mismo tiempo. (p. 416)

El último (2005-2009), que acabó conmigo



Lo digo así porque la mayor parte de los alumnos del grupo acabaron conmigo su escolarización primaria al terminar el sexto curso. Seguramente el lector habrá hecho otra interpretación del título. No la deseche, porque también fue cierto que me dejaron sin fuerzas para continuar ni un minuto más en la enseñanza cuando se fueron. [...] Cuando se marcharon al instituto solicité la jubilación voluntaria y puse fin anticipadamente al ejercicio de mi profesión. Mi pequeña pedagogía se mantuvo con ellos porque incluía instrucciones para adaptarse a las circunstancias, pero ni racional ni emocionalmente me salió gratis la batalla diaria por hacer que se entendieran entre sí las ideas que tenía y lo que era posible hacer en aquella aula.

Nada, sin embargo, de quejas. Fue verdad que no hubo broche de oro alguno, pero también lo fue que al irme noté su gratitud y me sentí reconfortado por el empeño y el esfuerzo de aquellos últimos cuatro años.

Se llamaban: Alejandro, Almudena, Alicia, Dani, Mari, Jonathan, Abrahán (sic), Ángel, Sergio, Darío, Carolina, Cristian, Jasmine, Carlos, Andrea, Pablo, Milbia, Axel, John, María José, Pelayo, Carla, Marcell, Romario, Anibal, Saúl, Alex, Henri, Lorena, Vasile, Yolanda y Rosaura... (p. 417)

## Diversos proyectos

Por buena que sea, la argamasa no hace pilar por sí sola, de modo que en ingeniería y arquitectura se recurre al encofrado y al hierro. Mi pequeña pedagogía admitió siempre que los puentes entre la teoría y la práctica que aspiraba a construir no tendrían nunca la solidez del hormigón armado, pero eso no quería decir que tuviera que conformarme con amontonar los hechos del día a día formando una masa informe; había que armarlos para hacer pilastras con ellos. El cemento fue la palabra, sobre todo escrita, y el encofrado su plasmación en diversos proyectos.

Cuando en 2001 regresé al colegio traía en mi maletín, entre otras muchas cosas, el [Proyecto Libres desde pequeños](#), del que ya he hablado en el capítulo cuarto a propósito de mi trabajo como Asesor de Formación en el Centro de Profesores de Oviedo.

Aquel mismo curso llegaron, procedentes del País Vasco, los materiales del [Programa La Aventura de la Vida](#) (EDEX, Bilbao, 1995). Me parecieron tan adecuados para la metodología dialógica y la educación socio moral que quería llevar a cabo, que los adopté (y adapté) de inmediato.

En el curso siguiente (2002-2003), con la intención sobre todo de involucrar más a las familias y a los colegas, puse en marcha un Proyecto de Educación para Salud que denominé [Fortalezas abiertas](#). En su seno se constituyeron una [Escuela Familiar](#) y un [Seminario de Formación](#).

A partir del curso 2003-2004 me hice cargo del Proyecto de [Apertura del Centro a la Comunidad](#) que venía llevándose a cabo desde años atrás. En él busqué la cobertura necesaria para desarrollar actividades con familias, colegas y alumnos que, a su vez, se organizaban en otros proyectos más específicos como los ya mencionados o los [clubes de lectura](#), las [fiestas fin de curso](#) o las [excursiones y otras salidas](#).

[Manolo y Vanina](#) fue un material (precioso, me pareció a mí) que creé para enseñar lengua castellana y cultura asturiana a los alumnos que se quedaban en clase conmigo durante el tiempo en que una parte de sus compañeros se ausentaban del aula para cursar la asignatura Lingua y Cultura Asturiana (pp. 417-418)

### El Proyecto Libres desde pequeños



... el proyecto se apoyaba en numerosas fuentes que proveían conceptos muy potentes para pensar los procesos de enseñanza-aprendizaje (las “ideas previas”, la “racionalidad procedimental”, las relaciones entre los “conceptos científicos” y los “espontáneos”, los procesos de “contextualización y descontextualización”, las relaciones entre la atribución de “sentido” a un aprendizaje y los “subsistemas de actividad”, etc.) y, partiendo de ellos, se concretaban unos principios que debían contemplarse en determinados momentos de la metodología seguida en el aula:

[...] Tener detrás un proyecto me hacía sentirme más profesional, dicho sea esto en el sentido de serlo más allá de las horas que dura la abrumadora actividad diaria en el aula... (pp. 418-419)

### Apertura del Centro a la Comunidad



... No me extenderé hablando de él [...] baste con señalarlo como la estructura burocrática que durante años amparó, junto a otras, mis iniciativas. Voy, sin embargo, a utilizarlo como pretexto para dedicarle las palabras que merece a quien, con discreción que bordó el silencio, cargó con la mayor parte del trabajo. Me refiero a Francisco García (Paco), director del centro en aquellos años. Funcionario eficiente y trabajador incansable... (p. 426)

### El Programa La Aventura de la Vida



Roberto Flores (autor) y Carlos Varela (ilustrador) habían creado para EDEX un programa orientado a una educación para la salud que tuviese potencialidad preventiva ante el peligro de las drogodependencias. Sus contenidos y materiales me parecieron muy aprovechables para lo que quería hacer en mi aula en lo relativo a la educación socio-moral de mis alumnos. El propio programa no imponía una utilización de dichos materiales estrictamente predeterminada. [...] En mis manos jugaron el papel para el que habían sido creados, pero sumaron también todo lo que mi proyecto *Libres desde pequeños* venía proponiendo. Supusieron, sobre todo, un apoyo considerable a las estrategias de diálogo que tratábamos de seguir en clase... (p. 420)

### Clubes de lectura



... En aquellos años puse en marcha varios clubes de lectura. [...] colaboraron activamente las responsables de la Biblioteca Municipal del barrio, María Jesús primero, y luego y durante más tiempo Chelo Veiga. Cuando me fui, Carmen Álvarez continuó con tales iniciativas. Debo confesar, aunque no pido perdón por ello, que, sobre todo en el caso de los adultos, nunca me movió un interés estrictamente literario sino predominantemente pedagógico... (p. 428)

### Fortalezas abiertas



... hacía muchos años que había abandonado la religión y me había convertido en un materialista, filosóficamente no muy académico, pero tampoco del todo vulgar. En alguna de mis lecturas había visto que los filósofos de la “Escuela de Oviedo” señalaban la fortaleza como la virtud (laica) por excelencia. [...] Así, me sumé a la corriente en favor de la transversalidad que impulsaron las reformas, tratando de aprovecharla para poner en marcha en mi colegio un par de iniciativas que se sumaran a lo que ya habíamos empezado a hacer con el programa *La Aventura de la Vida*, sin la falsa ilusión de atribuir a los maestros la posibilidad de remediar los males de la sociedad ni de la familia, pero tampoco dándoles a estos la espalda para dedicarse solamente a instruir, como si la enseñanza tuviera lugar en una burbuja escolar aislada del mundo... (p. 421)

### Fiestas fin de curso



Fueron motivo de confraternización. Tuvieron mucho éxito. Tratamos de imitar la romería asturiana tradicional con el fin de que el barrio sintiera el colegio como un espacio público, suyo por tanto, donde nadie se sintiera visitante ni, mucho menos, extraño. Como en todo lo demás, dimos un paso en pos del ideal, aunque sabiendo de antemano que nunca lo alcanzaríamos del todo... (p. 428)

### Escuela Familiar



... Por ella pasaron numerosas personas invitadas para acercarnos a temas como las relaciones paternofiliales, las familias de antes y de ahora, los consumos de riesgo, la convivencia intercultural, etc. Yo mismo realicé varias exposiciones con el título *De ayer a hoy*. Lo que hemos ganado y lo que hemos perdido con respecto a la educación de nuestros hijos, con objeto de introducir el debate y el diálogo con los padres.

Como en tantos otros aspectos de la escuela, se hizo lo que se pudo y eso siempre satisface, pero lo cierto es que se pudo poco.

[...] Por supuesto que no llegamos a cambiar el mundo. No estaba en nuestras manos. Lo sabía y lo aceptaba, pero se trataba de hacer algo, lo que fuera posible, por unas ideas que no eran descabelladas, sino que estaban cargadas de sentido. (pp. 422-424)

### Excursiones y otras salidas



La montaña, los museos, el cine, el teatro, con adultos y niños juntos o por separado, formaron parte de las actividades que promoví en aquellos años. [...] Aspiraba a que el centro fuese reconocido no solo como una institución escolarizadora, sino también como un espacio promotor de actividades culturales y de convivencia en el barrio donde estaba ubicado... (p. 429)

### Seminario de Formación



... Tenía todo el sentido del mundo que aquellos maestros que en el centro nos habíamos comprometido con un proyecto de educación para la salud nos dispusiéramos a hablar entre nosotros; además, yo estaba interesado en utilizar dicho proyecto como puerta de entrada a la educación en valores, a la enseñanza dialógica y, por extensión, a la educación en general que llevábamos a cabo en las aulas. Mi sueño era convertir aquella iniciativa en simiente de formación permanente del profesorado en el centro. Se trataba, eso sí, de un sueño despierto, porque para entonces la experiencia de lo poco que había conseguido trabajando con otros me había ser muy prudente en las expectativas, incluso había comenzado, en lo que a iniciativas pedagógicas se refiere, a repliegarme sobre mí mismo casi por completo... (pp. 424-425)

### Manolo y Vanina



... redacté cuarenta y cinco dictados que fueron el programa de Cultura Asturiana que impartí a lo largo de tres cursos (2006-2009).

[...] Organicé entonces mis clases en torno a lo que denominé “dictados-colocquio”. Cada uno de ellos era una suma de dictado, de copia que alguien iba escribiendo en la pizarra y de la conversación que, al hilo de lo anterior, fuese surgiendo en el aula. Cada frase, en ocasiones cada palabra, podía ser motivo de diálogo sin límite de duración. Fueron un éxito... (pp. 430-431)

## Elocuentes testigos mudos

Los espacios no hablan, pero, si se observan con criterio, pueden expresar con elocuencia lo que ocurre en ellos.

**El aula** se nos muestra como el escenario donde trascurrieron la mayor parte de las horas que dediqué a enseñar de la manera más dialogada posible.

**La biblioteca** fue otro de mis afanes, señalada como el lugar donde habitan los libros, en los que a su vez está el saber o el entretenimiento, en los últimos años se ha visto forzada a compartir cada vez más tal desempeño con esas nuevas máquinas que son los ordenadores.

**El patio**, ese lugar tan deseado para la mayoría de los niños y al mismo tiempo tan hostil para algunos de ellos, tampoco quedó fuera de mis afanes en pos de una comunicación fluida.

**Escaleras, porches y pasillos**, siempre impolutos en aquel Colegio de Villar Pando, bellamente decorados por las artísticas manos de mis colegas y de sus alumnos, soportaban con colaborador estoicismo las campañas de "agitación y propaganda" que mis alumnos y yo promovíamos.

**Del laboratorio, el salón de actos, el aula de informática y la sala de profesores**, diré mucho menos, pero les dedicaré unas palabras porque también ellos formaron parte de los escenarios donde se rodó este último capítulo de mi autobiografía profesional. (pp. 432-433)

El aula



... Las mesas se hallaban dispuestas de manera que todos se vieran las caras, de modo que cuando pidieran la palabra y la tomaran, no hablasen solo para el maestro sino para el grupo en su conjunto. No era una moda ni un instrumento de control, sino un recurso facilitador del diálogo. Por supuesto que moviendo las mesas no se solventaban los numerosos problemas que el diálogo presenta a edades tan tempranas y en tiempos de mediática banalización de la palabra, pero al menos evitábamos esa vieja disposición de las aulas que obliga a los alumnos a pasar las horas dándose entre sí la espalda... (p. 433)

La biblioteca



... En mis planteamientos pedagógicos la biblioteca debía ser ese espacio amable donde los alumnos se sintieran rodeados de cultura y de conocimiento, lo que, para no pocos de ellos constituía una excepción en sus vidas. Un lugar tranquilo, bien organizado, sin especiales aspavientos, donde aquellos que, por las razones que fueran, prefiriesen tener un libro en las manos que un balón en los pies, encontrarán su terreno de juego bien cuidado, además de un reglamento que amparase su opción para el tiempo de ocio, y también para el de estudio... (p. 435)

El patio



... Mi *pequeña pedagogía* se basaba en el diálogo posible, razón por la cual era muy importante el cuidado de las relaciones personales. Cuando me di cuenta de que día tras día parte de mis alumnos venían peleados al regresar del recreo, decidí incorporar la función de árbitro a las muchas que ya tenía mi profesión. [...]  
Pitaba falta por contravenir lo que dice el reglamento deportivo, pero también por alguna otra causa que añadía yo por mi cuenta, generalmente relativa al lenguaje y la exigencia de buen trato. Aunque parece una paradoja esto de preparar las condiciones del diálogo a golpe de pitido, le aseguro al lector que era necesario y, hasta cierto punto, efectivo. (p. 436)

Escaleras, porches y pasillos



... Fueron espacios predilectos para difundir y animar a la participación en nuestras actividades con alumnos y familias. De siempre los maestros se han empleado a fondo en la decoración de sus centros. Nunca olvidaré la admiración que me produjo el quijotesco mural que mi compañera Pura hizo con sus alumnos en la pared del fondo del pasillo que compartíamos ambos... (p. 436)

El laboratorio



... No era yo especialista en las materias propias de tal espacio, pero había en mis planteamientos pedagógicos la exigencia de prestigiar el conocimiento, así que me pareció importante que de vez en cuando visitáramos ese lugar emblemático donde se produce o se aplica buena parte del conocimiento científico... (p. 437)

El salón de actos



... En él tuvieron lugar buena parte de las actividades ligadas a los sucesivos Proyectos de Apertura del Centro a la Comunidad. Allí se celebraron conferencias, sesiones de clubes de lectura y otras reuniones con familias, actuaron grupos de teatro, se entregaron distinciones y premios, hubo despedidas y, en fin, todo eso que da cuenta de que la vida de un centro no se reduce solo a lo que se hace en las aulas... (p. 437)

Informática



A los docentes de mi generación, que crecimos entre libros, papeles y lápices, pasado el ecuador de nuestra vida profesional, el tren de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación primero nos dio alcance y luego, casi de inmediato, nos sobrepasó, llevándose consigo partes sustanciales de lo que eran los alumnos que hasta entonces habíamos conocido. Durante un trecho corrimos a su lado rogándoles que no se dejaran seducir por tan engañoso reclamo; tratábamos de retenerlos sobre la tierra firme que pisábamos mientras ellos ponían pie en el estribo y empujaban la puerta para subirse al convoy en marcha. Los que tuvimos suerte o pusimos más empeño acertamos, a duras penas, a subimos al vagón de cola. Desde él hicimos lo que pudimos en medio de nuestro propio desconcierto. En lo que a mí respecta, di la batalla hasta el último día para que la palabra escrita y hablada no fuera del todo arrasada por la imagen... (p. 438)

La sala de profesores



La parte menos conocida de la vida de los centros de enseñanza es, seguramente, la que tiene por escenario las salas de profesores. Lo que las hace difícilmente penetrables es esa cortina tan opaca como invisible que en torno a sí mismo despliega el gremio. [...]  
Entre que nunca he sido del café a media mañana, y que habitualmente tenía alguna cosa que hacer a la hora del recreo, no fui visitante asiduo de las salas de profesores de los centros por los que he pasado; sólo de vez en cuando, fugazmente y por cortesía, aparecía por allí y me paraba un rato, casi siempre sin sentarme. Para mí estos espacios fueron, sobre todo, lugares de reunión de los llamados "órganos colegiados", única parcela de gobierno en la que tuve participación a lo largo de mi dilatada vida profesional. También estuve siempre en los ágapes que de vez en cuando se organizaban allí a propósito de una despedida o de un cumpleaños. (p. 440)

## Momentos

... Voy a escribir con orgullo esta entrada y las partes en las que se subdivide. Con algunas imágenes y unas pocas palabras trataré de introducir al lector en mi aula como si le abriera la puerta y entrara.

[...]

quiero advertirle al lector que no me interprete mal pensando que no tenía dudas y me creía en posesión del método perfecto. Sabía y sé bien que tal cosa no existe, aunque con la misma seguridad afirmaba y lo sigo haciendo que, sin embargo, es posible manejar argumentos solventes, de muy distinto tipo (sociológicos, psicológicos, ideológicos, etc.), y disponerlos de manera coherente para iluminar lo que se hace en clase en cada momento. [...] se equivoca quien alimente el sueño de dar con las técnicas, científicamente fundadas, que le permitan enseñar con tan probada eficacia que solo le quepa ocuparse en aplicarlas. Al aprendiz de docente que me lea, por enésima vez le recomiendo que tome esta otra senda: la de preguntarse por la calidad de los argumentos que tiene para hacer lo que esté haciendo, pero sin la ilusoria esperanza de concluir jamás en el método definitivo que esté esperando a ser descubierto.

[...]

Procuraba llegar al colegio y sentarme en el aula una **media hora antes** del comienzo de las clases. **La entrada y los minutos siguientes** eran para cultivar el acercamiento. Luego **pasaba lista** para que todo el mundo aprendiera los nombres y apellidos de quienes componíamos el grupo, a la vez que con ella iniciaba la transición hacia unas relaciones en el grupo más propiamente escolares. A continuación les presentaba cuál era **el plan del día** y, sin más (lo cual es mucho decir porque siempre surgía algo), comenzábamos. Cuando iniciábamos una materia la clase tomaba los derroteros que venían marcados por las didácticas propias de cada una y las de la metodología dialógica que era común a todas ellas. **La escena más frecuente** con la que podría encontrarse el lector al abrir la puerta del aula era la de alguien hablando, al tiempo que se alzaban unas cuantas manos pidiendo la palabra. Una o dos veces por semana, el imaginario visitante podía encontrarnos **sentados delante de las mesas**. Había también momentos en los que trabajaban **solos, sobre el papel** de sus cuadernos o de los libros. **Mis explicaciones** no eran extensas, pero sí continuas. Existía **libertad para moverse**, aunque no absoluta. **Apenas hubo deberes** ni **tampoco exámenes**; como norma general, me refiero, porque algo sí que entrenamos la realización de esta actividad tan genuinamente escolar. Conseguí también que **las relaciones** en el grupo fueran mejorando. Fue frecuente que **después de la clase** tomara notas sobre algunos aspectos de esta que me parecían interesantes. Cuidé con esmero la realización de **las tutorías**, así como el trato cordial con las familias.

Quiero dejar claro, finalmente, que todo el empeño que puse en ser capaz de argumentar con solvencia cuanto hacía, no implicó un rechazo de **la duda**, más bien, por el contrario, contribuyó a convencerme de su inevitabilidad y del valor de convivir con ella. (pp. 440-441)

Media hora antes



Media hora antes de que dieran comienzo las clases, entraba en el aula y me sentaba frente a las mesas de mis alumnos vacías. [...] tomaba aire para empezar de nuevo, y, con la esperanza de que aquella mañana fuese la mejor de todas, abría mi "agenda del profesor" y planificaba la jornada. Siempre me horrorizó la idea de verme ante una clase repleta de alumnos sin tener un plan de trabajo donde figurase lo que podía proponerles en cada momento... (pp. 441-442)

La entrada y los minutos siguientes



... La clase no comenzaba de inmediato, aunque sería más preciso decir que era el trabajo lo que se demoraba, porque los minutos de tertulia que seguían a la entrada formaban parte de las clases tal como yo las quería. Hablaban informalmente entre ellos y conmigo. Siempre había alguno que se acercaba hasta mi mesa para contarme alguna cosa de su vida, de la familia, de la calle o de la tele, o para interesarse por la mías. Yo no preguntaba nada, como no fuera por la salud de la abuela o el viaje que habían hecho al pueblo. Precisamente por ello me contaban muchas cosas, porque sabían que jamás escudriñaba morbosamente en su mundo... (pp. 442-443)

Pasaba lista



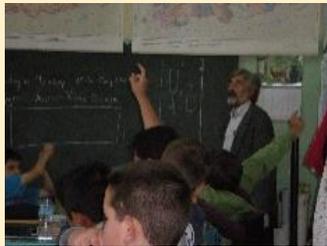
Trascurridos diez o quince minutos desde que habían entrado, pasaba lista nombrándolos por orden alfabético, es decir, burocrático, y lo hacía por dos razones. Una era la de familiarizarnos todos con sus respectivos nombres de pila y los apellidos que daban cuenta tanto de su individualidad como de su pertenencia a una familia. La otra era la de remarcar que comenzaba un tiempo de clase que era posible porque formábamos parte de una institución, y que lo que iba a ocurrir a partir de ese momento no era un asunto personal entre nosotros, sino cosa de un Estado que nos obligaba a ambos, a ellos a aprender y ser educados como ciudadanos y a mí a emplearme a fondo en que así fuera... (p. 443)

### El plan del día



Era muy sencillo en su plasmación escrita, como correspondía a un enemigo declarado de las programaciones propugnadas por la pedagogía taylorista. Se organizaba por materias, aunque sería mejor decir por el nombre de estas, porque lo que en realidad ocurría en el tiempo dedicado a las mismas no venía dictado por lo que cada una de ellas fuera en el mundo del conocimiento.... (pp. 443)

### La escena más frecuente



Si alguien abría la puerta del aula, lo más probable es que encontrara a los alumnos sentados, que alguno de ellos o yo estuviéramos hablando mientras el resto escuchaba, y, casi con total seguridad, vería varias manos alzadas pidiendo la palabra. Era así porque la mayor parte del tiempo lo pasábamos inmersos en el contexto dialógico con el que esperaba conseguir que el conocimiento académico y las ideas, las ideologías y las vicencias particulares y colectivas de mis alumnos se acercaran tanto que dejaran de pertenecer a mundos completamente separados... (p. 444)

### Sentados delante de las mesas



Podría ser que el visitante nos encontrara sentados delante de las mesas, dejándolas a la espalda para que nada material se interpusiera entre los componentes del grupo. Se trataba de una disposición de los cuerpos pensada para aquellos momentos en los que más específicamente íbamos a hablar de nosotros mismos. [...] Hablábamos de sus maneras de ser; de la familia y los vínculos que unían a sus miembros; de las amistades y sus influencias, y de todo lo que podía fortalecer la conciencia de aquellos aspectos de la vida que entrañan mayores riesgos, así como de la disposición y la fuerza de cada individuo para afrontarlos... (p. 445)

### Solos, sobre el papel



... No todo era pedir la palabra y hablar o escuchar a quien la tuviese, sino que tenían también que aprender a aprender de los libros, de modo que, de vez en cuando, habían de vérselas a solas con sus páginas... (p. 446)

### Mis explicaciones



Le extrañará a mi atento lector que le diga que la estructura básica de mis clases era el diálogo, y al mismo tiempo admita que mi garganta se resentía de tanto hablar y hablar sin haber aprendido nunca a impostar la voz. Pero así era, y es que el diálogo que practicaba, tras haber teorizado con cierta profundidad sobre él, no equiparaba la palabra del maestro y la de los alumnos, sino que, en tanto que portadoras ambas de conceptos, los míos estaban para ayudar al desarrollo de los suyos... (p. 447)

### Libertad para moverse



La había, pero limitada. Más allá del momento de la entrada o de las transiciones entre actividades, mi pedagogía exigía un orden que estaba más hecho de quietud que de movimiento. Podían intercambiarse entre ellos sus puestos de trabajo, podían también levantarse e ir a la mesa de un compañero, dirigirse a los casilleros asignados o a los estantes comunes, al ordenador, al perchero o al aseo, procurando siempre no causar perjuicio al trabajo propio o molestia al de los otros... (p. 447)

### Apenas hubo deberes



... Mis argumentos eran varios. En primer lugar, aducía que si se trabajaba bien durante las cinco horas de la jornada escolar, era suficiente; en segundo lugar, que la escuela no debía colonizar el tiempo de los alumnos fuera de ella con tareas repetitivas que, a veces, se empleaban para tenerlos ocupados y evitar que dieran la lata en casa; en tercer lugar, estaba el hecho de que para algunas familias los deberes eran un grave problema, [...] y, por último, para no extenderme, estaba mi negativa a dedicar la primera parte de la jornada en el aula a corregir los deberes del día anterior, evitando así que la colonizada fuese ahora la escuela... (p. 448)

### Tampoco exámenes



... mi estudio de la didáctica me había permitido entender que el examen era el menos necesario de todos los elementos que intervienen en los procesos de enseñanza-aprendizaje, que su presencia en las aulas se debía, pues, a otras razones, ninguna de las cuales era la de resultar imprescindible para enseñar y aprender. Sin embargo, también el pragmatismo limitó el alcance de mi apuesta por enseñar sin exámenes. Consciente de que mis alumnos y yo estábamos en una institución que tenía su historia, su cultura y sus normas, de vez en cuando los entrenaba en lo que era la realización de un examen, sobre todo cuando comenzó a otearse en el horizonte la cercanía del instituto... (p. 449)

### Las relaciones



... La clase fue la mayor parte del tiempo un lugar agradable gracias al trabajo continuado en el cuidado de las formas y la conciencia de lo que estas significan. Estuvo, además, la inestimable colaboración que, con su sola presencia, prestaron aquellos alumnos y alumnas de carácter especialmente afable y amistoso que hubo en los distintos grupos que tuve [...] mi gran logro fue conseguir erradicar por completo cualquier atisbo de competitividad entre ellos, en lo que a tareas y resultados escolares se refiere. (p. 451)

### Después de clase



Al finalizar la jornada mis alumnos no se iban en tropel. Buena parte de ellos no tenían la menor prisa en abandonar el aula, recogían sus cosas con calma, charlaban entre sí, miraban por la ventana o se acercaban a mi mesa para consultarme sobre lo que fuese (el estado de la suela de un zapato, por ejemplo). [...] Estaba orgulloso de que no sintieran la necesidad de salir huyendo, como me había ocurrido a mí en la escuela, el instituto, incluso en la Escuela Normal de Magisterio. Cuando se iban, empezaba para mí el tiempo “no lectivo”, que, en gran medida, dedicaba a los proyectos que tenía en marcha. Entre estos estaba el de comportarme como un “investigador en la acción”... (p.451)

### Las tutorías



... para un maestro la tutoría forma un todo con el día a día del trabajo en el aula, de modo que fluye de manera natural siempre que exista una buena comunicación, por eso me esforzaba en que esta se diera al máximo nivel posible. [...] la mayor parte de las veces que conversaban individualmente conmigo y yo con ellos, no había problema alguno por medio, solamente el gusto de hacerlo. Así era mi tutoría con los alumnos, en gran medida diluida en el quehacer diario en el aula, durante el tiempo de la clase, en las entradas, las salidas, los intermedios y las pausas. (p.453)

### La duda



... debo confesar que ni siquiera cuando me sentía más reconfortado por las ideas que tenía y lo mucho que me satisfacían algunas de mis clases, he tenido la absoluta seguridad de estar haciendo lo que debía. Para sentirme relativamente seguro tuve que situarme en un plano de mayor abstracción y decirme a mí mismo que estaba en el buen camino, que no era otro, como el lector ya sabe, que el de seguir perseverando en el estudio, la reflexión y la acción, aceptando que dichas actividades se las vieran entre ellas unas veces en conflicto y otras en armonía... (p. 454)

## La Administración

... regresaba a la escuela conociendo su papel contradictorio como reproductora de desigualdades sociales a la vez que instrumento imprescindible para combatir las, pero dispuesto a contribuir más a lo segundo que a lo primero. Y estaba también decidido a resistir la presión de los neotecnócratas que se estaban haciendo con el poder en los despachos de la Administración educativa.

Participé activamente **en los órganos colegiados** del centro, con la doble finalidad de hacer cuanto pudiera para fortalecer su carácter público y su buen funcionamiento, y de arropar las iniciativas que yo mismo promovía.

Tal vez el episodio **del inspector** que vino a mi clase cuando solicité una licencia por estudios constituya una buena muestra de que no es la Administración educativa excusa suficiente para dejar de hacer cosas en el territorio que uno tiene directamente a su cargo.

Acepté participar en lo que se denominaba **una “evaluación diagnóstico”**, con el fin de acceder a las mismas entrañas de las políticas educativas que se estaban llevando a cabo, y así conocerlas de primera mano.

Cuando llegó la hora de decir basta, como ocurrió cuando se superaron los veinticinco alumnos en mi aula, no rehuí la **confrontación abierta**.

Ya con el final de mi vida profesional en el horizonte y dando por perdida cualquier batalla más allá de mí mismo y del reducido territorio del aula que pisaba, como quien agita una bandera blanca dispuesto al armisticio, me dirigí a los mandamases regionales del currículum prometiéndoles portarme bien con tal que me dejaran **trabajar en paz** el poco tiempo que me quedaba.

No se dieron por enterados y poco después volvieron a la carga. Como coordinador del tercer ciclo de primaria que era por aquel entonces, los nuevos tecnócratas y burócratas quisieron implicarme en sus desmanes pedagógicos, a lo que respondí demostrándoles una vez más que toda **su propuesta era una falacia**.

### En los órganos colegiados

Nunca fui director ni jefe de estudios ni secretario en un centro de enseñanza. Eran éstas, responsabilidades muy expuestas al tedio de la burocracia sin que a cambio ofrecieran apenas posibilidades para sacar adelante iniciativas que implicaran un navegar contracorriente. Durante gran parte de mi vida profesional tampoco es que tuviera oportunidad alguna de acceder a dichos cargos, dados los muy contados apoyos que tuve en los claustros. En esta última etapa, sin embargo, la cosa fue algo distinta, entre otras razones porque ya no era el mismo, me había vuelto menos beligerante. A fuerza de conformarme con poco llegué a darme por contento con que no fueran obstaculizadas las iniciativas que tomaba. Para procurar que así fuese era muy importante mi presencia en los órganos colegiados.

[...] Fui varias veces elegido para el Consejo Escolar, además de participar activamente en el Claustro y en el Equipo de Ciclo, y formé parte de numerosas comisiones (de Coordinación Pedagógica, del Proyecto Educativo, de Escolarización, de Coordinación con otros Centros, de Evaluación, del Plan de Lectura, del Comedor, de Actividades Extraescolares y hasta de Elección del Director). En todas apoyé al director que teníamos, ya que, además de competente, trabajador y sensato, que ya lo he dicho, me apoyaba en todo.

### El inspector



... trataba de convencer a mis colegas de que a los inspectores no había que tenerles tanto miedo, y que no debían utilizarse

### Una “evaluación diagnóstico”



... utilicé toda la competencia profesional que tenía para pronunciarme críticamente acerca de aquel tipo de evaluación que, siendo pieza clave de las políticas neoliberales en auge, se presentaba como valioso instrumento técnico para conseguir la tan cacareada calidad en el sistema educativo. Ejercí dicha crítica en el informe que, sin pedírmelo nadie,

Así pues, durante este periodo anduve metido en los engranajes de la organización del centro, pero no con la voluntad de engrasarlos para que funcionaran al servicio del muy peligroso tecnicismo curricular y organizativo que se extendía con más fuerza y petulancia que lo había hecho nunca, sino más bien para procurar modularlos de manera que, por un lado, los supuestos expertos no dieran demasiado la lata, y, por otro, no cogieran las riendas del centro esos docentes resistentes a todo que hacen buenos a los primeros. (pp. 456-457)

### Confrontación abierta



En mis relaciones con la Administración hubo momentos de confrontación abierta, no solo como convencido sindicalista que secundaba cada una de las movilizaciones que se convocaban, sino también, alguna vez, actuando sin el amparo de organización alguna. En este último periodo la batalla más reseñable fue la que promoví en mi centro contra la superación de la ratio de veinticinco alumnos por aula... (p. 460)

como excusa para dejar de hacer cosas, porque quien fuese capaz de defender con solvencia profesional sus iniciativas, lo más probable es que se saliera con la suya.

Me ratifiqué en todo esto cuando solicité una licencia por estudios para el curso 2004-05 y la Administración envió a mi aula al inspector Fernández Ucha... (p. 458)

### Trabajar en paz

... respondí a la consulta que la Administración educativa regional hizo al profesorado en el curso 2006-07 acerca del Currículo de Educación Primaria que había elaborado:

[...]

“Quien de esta manera se lamenta, está a punto de terminar su vida profesional como docente, habiendo dedicado parte importante de la misma a combatir teórica y prácticamente esta farsa. El documento que se me consulta certifica que ésta continuará, ahora con la nueva guinda de las llamadas “competencias básicas”. Doy, pues, por perdida la batalla, pero no esperen de mí que me doblegue, simplemente me comprometo a no dar la lata con tal que me dejen en paz y me permitan dedicarme a lo mucho que tengo que hacer en el aula. José María Rozada Martínez. Colegio Público de Villar Pando. 14 de febrero de 2007”.

Pues nada, siguieron erre que erre con la suya. No mucho tiempo después, recogí mis bártulos y me fui, prejubilado, a casa. (p. 462)

redacté cuando terminó la movida evaluadora... (p. 459)

### Su propuesta era una falacia

Como acabo de decir, no me dejaron en paz a pesar de que casi se lo había implorado. En cuanto tuvieron listo su currículo regional lo enviaron a los centros para que lo adaptáramos a nuestro entorno. O eso decían, contando por adelantado con que aceptaríamos su juego haciendo como que hacíamos. Pero aquel año me había tocado ser coordinador de ciclo en mi centro y por lo tanto se me hacía responsable de cubrir las apariencias, cosa a la que en absoluto estaba dispuesto. Había luchado mucho contra los pedagogos tecnócratas desde que tenía “uso de razón” pedagógica y no iba a rendirme ahora, a dos pasos del final de mi andadura como docente. Escribí entonces un texto titulado *Tareas que implica la concreción del currículo y tiempo estimado para llevarlas a cabo*, [...] demostraba, sin retórica alguna, que lo que la Administración nos proponía como adaptación colegiada del currículo regional a nuestro centro no era más que una falacia, un engaño oficial, una falta de respeto profesional, un sometimiento a la indignidad de dedicar un tiempo a fingir, algo por lo que no estaba dispuesto a pasar convirtiéndome en cómplice de los intereses y desatinos de tecnócratas y burócratas.

Ofrecí un par de salidas, además de mi dimisión como coordinador del tercer ciclo, pero lo que ocurrió fue que la pretendida adaptación la acabó haciendo el jefe de estudios en su despacho y por su cuenta y riesgo, con tal de cumplir burocráticamente con la Administración y evitar así el conflicto. Luego, el documento se guardó en un cajón y todos tan contentos. (pp. 462-463)